

Posiciones

El proyecto crítico-historiográfico de la literatura desde la heterogeneidad

The critical-historiographic project of literature based on heterogeneity

Katia Irina Ibarra Guerrero

Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9143-6974>

kair.ibarra@gmail.com

Recepción: 31/03/2024

Aprobación: 06/06/2024

Resumen: La propuesta de revisión y reescritura de la historia literaria latinoamericana lanzada por la crítica chilena Ana Pizarro se enmarcó en un proyecto crítico-historiográfico mayor. Gracias a su iniciativa, y a que logró entablar un diálogo con la red intelectual que reflexionaba sobre la especificidad de la literatura latinoamericana –proponiendo para ello una teoría y una crítica propias–, tuvieron lugar dos encuentros para la proposición y discusión de metodologías y enfoques con el fin de realizar una renovada historia literaria. Esta fue planteada, en un principio, desde una perspectiva comparativista. Aunque no hubo consensos, ni se escribió una historia literaria continental, el proyecto se logró mantener hasta los años noventa. Aquí se propone ver de qué manera la heterogeneidad socio-cultural, que estuvo presente en los debates, y que fuera profundizada por el crítico peruano Antonio Cornejo Polar, mantiene un diálogo con este proyecto, e influye en el resultado de estos encuentros.

Palabras clave: Literatura Latinoamericana, Crítica literaria, Heterogeneidad literaria, Historiografía literaria, Congreso en Campinas

Abstract: The proposal to review and rewrite Latin American literary history launched by the Chilean critic Ana Pizarro was part of a larger critical-historiographic project. Thanks to her initiative, and the fact that she managed to establish a dialogue with the intellectual network that reflected on the specificity of Latin American literature –proposing its own theory and criticism–, two meetings were held to propose and discuss methodologies and approaches with the aim of creating a renewed literary history. This was initially raised from a comparativist perspective. Although there was no consensus, nor was a continental literary history written, the project was maintained until the 1990s. Here we propose to see how the socio-cultural heterogeneity, which was present in the debates, and which was deepened by the Peruvian critic Antonio Cornejo Polar, maintains a dialogue with this project, and influences the result of these meetings.

Keywords: Literary History, Latin American, Literature Literary heterogeneity, Literary historiography, Congress in Campinas

1. Primeras líneas

Como es sabido, la crítica literaria Ana Pizarro ideó e impulsó, en colaboración con otros críticos e intelectuales interesados en la literatura, un proyecto que tendría como primera intención la de reformular la historia de la literatura latinoamericana desde un método comparativista-contrastivo. Con el ímpetu de la juventud, y desde el exilio en Francia, la inquietud intelectual de Pizarro se materializó de forma inmediata en dos congresos —que derivarían en un par de libros—, y que continuaría en un proyecto colectivo mayor que dio como resultado la obra *América Latina: palabra, literatura e cultura*, publicada en tres volúmenes entre 1993 y 1995.

El primero de estos congresos se realizó en Caracas en 1982; en él participaron Antonio Cándido, Rafael Gutiérrez Girardot, Jean Franco, Beatriz Garza Cuarón, Antonio Cornejo Polar, Roberto Schwartz, entre otros. Como resultado, las participaciones y discusiones de este encuentro se publicaron años después, en 1987, por El Colegio de México, en el libro *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. A manera de continuación de esta reunión, en 1983, se realizó el segundo “encuentro de expertos” —como se menciona en la página legal de la obra—, en Campinas, gracias al auspicio de la Universidad Simón Bolívar de Caracas, Venezuela, y la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC), con el apoyo de la UNESCO y, por supuesto, de la propia Universidad de Campinas. De este derivó la obra colectiva titulada *La literatura latinoamericana como proceso*, publicada en 1985 por el Centro Editor de América Latina.

Las resonancias de los dos encuentros son múltiples; en general, han pasado desapercibidas por parte de la investigación,¹ pero pueden ser apreciadas en algunas producciones historiográficas y críticas posteriores a estos encuentros;² se podría ver de qué maneras y hasta qué punto pueden incluso ser retomadas hoy en día. En estas páginas se resaltan dos aspectos primordiales que posibilitaron el desarrollo de estos encuentros —más allá del emprendimiento personal de Pizarro, valioso, sin lugar a duda—, en un horizonte más amplio: por un lado, la crítica literaria “institucionalizada”, un proceso que llevaba al menos unos lustros; por

1. Facundo Gómez (2021) ha comenzado un trabajo de investigación tendiente a revisar en detalle las discusiones en torno a estos encuentros y, por ende, a trazar las diversas implicaciones que tuvieron en el desarrollo del campo crítico y cultural latinoamericano.

2. Por ejemplo, puede percibirse cierta influencia de las discusiones planteadas en estos encuentros en la obra *Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días*, coordinado por Beatriz Garza Cuarón, George Baudot y Raquel Chang-Rodríguez (1996).

el otro, la corriente de pensamiento latinoamericanista que se puede rastrear en el campo filosófico, político y, por supuesto, literario. Asimismo, se desea resaltar la importancia y operatividad de una categoría como lo es la *heterogeneidad* que, para efectos de una escritura del pasado literario, resulta idónea al permitir describir la complejidad de los sistemas literarios y sus interrelaciones.

2. Una crítica literaria institucionalizada

La década del ochenta, época en que se suscitan estos encuentros, puede ser vista como un momento en el que la crítica literaria latinoamericana se consolidó, en el sentido de haber llegado a un punto mayor de desarrollo; en este tenor, había una agenda por realizar, después de cierta discusión sobre la pertinencia de una crítica propia, y cuáles serían su objeto y métodos. A esto hace alusión Cornejo Polar al decir que “fue el momento de la acelerada y algo caótica modernización de su arsenal teórico metodológico” (2003: 12), en referencia a la crítica que se desarrolló a partir de los años sesenta en adelante.

Las confrontaciones ideológicas y los señalamientos por parte de la intelectualidad —la Guerra Fría en el campo cultural, como la aborda Jean Franco en *Decadencia y caída de la ciudad letrada* (2003)— habían bajado de intensidad. El caso Padilla, acaecido hacia 1972, que dividió a los artistas, escritores e intelectuales en general, distaba ya a poco más de una década. La efervescencia por la revolución cubana y las posibilidades de un cambio radical también habían menguado y, en cambio, las sociedades del Cono Sur sobrevivían a las dictaduras. Por otra parte, y pese a las constantes precariedades institucionales (culturales y educativas), los estudiosos de la literatura que bien podrían provenir de diversos

ámbitos como la sociología, la filosofía o la filología más tradicional, como es el caso de Cándido, Rama, Gutiérrez Girardot y Cornejo Polar, por mencionar algunos nombres, impulsaban proyectos editoriales, absolutamente necesarios e intrínsecamente relacionados con la consolidación de esta tradición crítica. Entre ellos se coloca en un lugar muy destacado la Biblioteca Ayacucho, fundada en 1974 en Venezuela, gracias a la promoción de Ángel Rama y José Ramón Medina.

Además de estas empresas culturales e intelectuales que tuvieron una exposición transnacional, hubo una gran diversidad de proyectos que posibilitaron una circulación de ideas a nivel nacional o regional que habría que considerar tanto al recrear el contexto de estas redes intelectuales como en la tentativa de hacer una historia de las ideas. Entre ellos, destacan las revistas o publicaciones periódicas, tales como el semanario *Marcha*, y particularmente su sección de crítica literaria —dirigida en diferentes etapas por Mario Benedetti, Emir Rodríguez Monegal y Rama—. De manera particular también se encuentra la publicación argentina *Los libros*, o bien la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, fundada por Cornejo Polar, y un largo etcétera.

En este contexto de intercambio cultural, un horizonte nutrido de inquietudes, se instaló la idea de reescribir la historia de las literaturas en América Latina. Es en el entramado de las redes intelectuales ya existentes que Ana Pizarro logró convocar a diversas personalidades del ámbito cultural, literario e intelectual, para analizar en primer término las formas en que se había escrito el pasado literario, para después proponer y discutir cuáles serían las vías para replantear dicha re-escritura. Pizarro en una primera instancia propuso el método comparativista, idea que había surgido gracias a su formación en Francia y su

vínculo con la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC). En la entrevista que Claudio Maiz (2013) le realizó a la autora en torno a este proyecto, ella narra cómo fue esta experiencia, desde la formulación de la idea, y cómo se fue desarrollando el proyecto. Además, señala la importante incidencia que tuvieron Antonio Cândido y Ángel Rama en su elaboración.

La propuesta de la joven chilena que consistía en la aplicación de un novedoso modelo de análisis tuvo una recepción positiva, pues la crítica literaria latinoamericana ya estaba en un momento de desarrollo, donde múltiples discusiones en torno a la construcción nacional de nuestras literaturas ya estaban teniendo lugar.³ Estas reuniones entonces lograron avivar los debates, al poner en tela de juicio la forma en que el liberalismo, desde el siglo XIX, se había impuesto al comprender las literaturas desde una perspectiva homogeneizante, donde el concepto de “lo literario” que había predominado era lo escrito en español, dejando al margen las literaturas orales y populares, así como las producciones en lenguas originarias o indígenas. De la misma manera, se señaló en estos debates cómo la división política y económica de lo nacional impide muchas veces una lectura de fenómenos regionales y transnacionales. En suma, el gran valor de estos dos congresos, aunque no se llegaron a acuerdos puntuales, es que en ellos hubo una participación y un nutrido diálogo entre los críticos que venían años investigando y proponiendo cuestiones para interpretar la literatura latinoamericana desde esa supuesta “especificidad”.

3. Ejemplo de esto es la investigación de Beatriz González Stephan que llevaba varios años en proceso y que fuera publicada en 1985, la cual ya implicaba una seria revisión del quehacer historiográfico en nuestro continente: *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*.

3. El pensamiento latinoamericanista como telón de fondo

Haciendo un balance de la crítica literaria en Latinoamérica, y teniendo como base esta etapa que va de los años sesenta, hacia los setenta y ochenta, hasta llegar a la década de los noventa, se puede percibir que hay una importante corriente de pensamiento “latinoamericanista” de fondo. Esta orientación se relaciona con la intención expresa del proyecto de forjar una crítica literaria propia que atienda las especificidades de la producción literaria continental, llegando incluso a problematizar “lo literario” en un sentido occidental, para dar cabida a diferentes fenómenos y, por ende, a una manera distinta de concebir lo literario. La crítica literaria así planteada, en esta concepción que va madurando a lo largo de estas décadas, se relaciona con otros dos campos de los estudios literarios, es decir, la teoría y la historia literarias. Por ejemplo, desde la obra emblemática de Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, aparecida en 1981, se hace hincapié en una descolonización de la teoría de la literatura en el ámbito nuestro.

El latinoamericanismo puede ser aquí entendido como una corriente de pensamiento que influye en diversas disciplinas, no siempre rigurosamente delimitadas, como lo es la filosofía, el pensamiento político, la teoría literaria, la historiografía, etcétera. Desde esta perspectiva o planteamiento, los críticos y estudiosos de la literatura convocados por Pizarro, y, por ende, el proyecto mismo que ella impulsó, se insertan en una tradición más amplia, que va desde los planteamientos de José Martí en su clásico ensayo *Nuestra América*, pasando por el legado intelectual del Ateneo de la Juventud, y llega hasta los pensadores del siglo XX que proponen un modelo descolonizador de las formas de comprender

las realidades inmediatas en un contexto socio-histórico complejo, como lo es el latinoamericano: Ardao, Quijano, Zea, Echeverría, entre otros.

Este latinoamericanismo se inserta en un reclamo antiimperialista de larga data, y que puede ser percibido en la producción ensayística de José Enrique Rodó, con su *Ariel*, o bien del dominicano Pedro Henríquez Ureña, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, por mencionar ejemplos. Estas reflexiones pueden ser vistas como correlatos de la inquietud artística y literaria, pues los autores y artistas estuvieron buscando esa emancipación, ese acento propio y diferenciado de los países metropolitanos, de los centros de producción del conocimiento y la alta cultura en el contexto de la periferia del capitalismo. Este es el caso de las vanguardias, pero igual puede rastrearse en el modernismo, movimientos en los que, *grosso modo*, se ha manifestado esta preocupación por la originalidad. Y es gracias a esta colocación que se logra dicha particularidad, que las literaturas latinoamericanas logran un lugar en el mundo; así lo propone la construcción historiográfica propuesta por Henríquez Ureña en su obra *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949), tal vez la obra fundante en esta tentativa de replantear la historiografía literaria en nuestro continente y que sin dudas es un antecedente de gran importancia para los congresos que aquí abordamos en el contexto de un proyecto crítico historiográfico más amplio.

Esta brevísima genealogía del pensamiento crítico, antiimperialista, descolonizador, que va de la mano de las inquietudes estéticas y que se traduce en una escritura ensayística, tiene sus resonancias en los participantes que aceptaron la convocatoria de Pizarro y que discutieron los diversos temas ahí planteados. En este sentido, se puede decir que lo ahí enunciado y transcrito en las obras que

resultaron, tanto del encuentro en Caracas como en el de Campinas, es un discurso que se formula a contrapelo de una visión que tiende a ser ascéptica, o bien a retomar parámetros provenientes de la cultura occidental sin un cuestionamiento crítico de fondo, y esto se observa en los estudios literarios que están siendo reformulados y propuestos por algunos de los intelectuales convocados por las reuniones. Se puede observar que, dentro de esta tradición de pensamiento latinoamericanista, la reflexión en torno a la literatura es una de sus vertientes, de sus manifestaciones. Y esto es plenamente visible en estos encuentros, en el proyecto historiográfico más amplio en el cual se circunscriben.

Por ejemplo, en *La literatura latinoamericana como proceso* se pueden leer las siguientes palabras, como muestra de esta raigambre y esta intención de comprender a la literatura en sus relaciones con la sociedad, en la cual el papel del crítico y el especialista literario son un agente más para contribuir a la construcción de un discurso identitario propio y en cierta medida descolonizado:

Más allá del aporte permanente de otras literaturas y culturas, éste se asienta ya en sus propios modelos literarios y se nutre del imaginario social de su propia sociedad, eje sobre el cual articula ahora su espacio orgánico. Habrá otras maduraciones en la lentitud de la construcción social: nosotros tenemos el privilegio y el desafío de observar hasta aquí su movimiento, aprehender su utopía, organizar y reflexionar con los elementos que tenemos la búsqueda de nuestra expresión. (Pizarro, 1985: 30).

4. La historiografía literaria desde la heterogeneidad

Enmarcadas en estas directrices, las dos reuniones mencionadas tuvieron como propósito principal replantear la forma de escribir la historia de la literatura en nuestro continente. Ana Pizarro tuvo como intención primera poner en práctica el método comparativista-contrastivo, proveniente de los estudios literarios franceses y, junto a Jacques Leenhardt, emprendió una convocatoria que fue creciendo con el paso de los años. En este sentido, es importante señalar cómo el establecimiento de redes intelectuales, que conllevaron a un diálogo intenso, con diversas líneas de discusión en torno a lo que había sido la historia de la literatura, y su replanteo necesario, fue nutrido por las propuestas teóricas y metodológicas que se venían formulando desde tiempo atrás en diversos espacios y obras, por parte de los críticos que se fueron involucrando en este proyecto, en primera instancia Antonio Cândido y Ángel Rama, y a la cual se sumarían muchos otros más. El diálogo fructífero, sin embargo, no siempre llegó a planteamientos puntuales ni mucho menos consensos, pero sí una producción que vería resultados en la obra *América Latina: palavra, literatura e cultura*.

Tal vez, el principal cuestionamiento hacia la propuesta inicial fue la adopción de una metodología comparativista, cuestión que se percibe en el primer congreso. En este sentido, por ejemplo, Antonio Cândido se manifiesta de acuerdo con la necesidad de adoptar el comparativismo en la escritura de una historia continental, pero agrega un aspecto ideológico importante detrás de la tentativa misma: “Somos literaturas de un continente que ahora está desarrollando un deseo no literario: un deseo político o ideológico de unidad” (Pizarro, 1987: 69). En contraposición, Jean Franco, lapidaria y certera, dice: “Creo que hablar

de la literatura comparada en el contexto de Latinoamérica es como hablar de imperialismo”; dadas las asimetrías sociales, económicas e históricas, debería decirse que “la relación no es tan de comparación o de analogía, sino de parodia, de contraste y asociación” (Pizarro, 1987: 69).

Pizarro expresó en algún momento de la discusión que no se trataba de extrapolar este método a las realidades latinoamericanas y que si ella había visto la idoneidad de esta perspectiva —dada su vinculación con la academia francesa y particularmente con la Asociación Internacional de Literatura Comparada—, había sido a partir de la idea de la heterogeneidad sociocultural, donde diversos sistemas independientes coexisten por lo que es posible asirlos desde un método comparativista-contrastivo. Pero, para ella, había que “decidir” en qué sentido se debía aplicar este método, y por ende “formular las líneas de un comparativismo latinoamericano” (Pizarro, 1987: 68). Esto dado a que la literatura latinoamericana es un sistema literario heterogéneo, donde hay en realidad varios sistemas, como puede ser el correspondiente a las lenguas indígenas, el oral, el popular, el letrado de herencia occidental, etcétera. Se trata entonces de un “discurso literario múltiple” (Pizarro, 1987: 19), por lo que la reescritura del pasado literario deberá atender las diversas temporalidades que coexisten de manera compleja e incluso contradictoria.

La propuesta de estos congresos, cuando su intención primigenia fue la de practicar el método de la literatura comparada en los países que conforman la América Latina, fue un salir de la filología tradicional enfocada en el texto literario para reunir diversos campos como puede ser la historia social, la historia de las ideas, la antropología, el análisis político e ideológico, entre otros, de

forma paralela con las propuestas descolonizadoras y la formulación de las epistemologías del sur.

La literatura es, sabemos, patrimonio universal y la experiencia estética no conoce fronteras, pero las obras surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad que las ve emerger. Este es el sentido de nuestra preocupación. Para situarlas y llegar a su comprensión cabal necesitamos observar el sistema donde se insertan y el imaginario social que plasman. Porque “si la crítica no construye obras, sí construye una literatura” —es la enseñanza que dejó Ángel Rama— y la labor de la crítica historiográfica en América Latina para la literatura es generar conocimientos sobre los modos de funcionamiento y el desarrollo de nuestros sistemas literarios como proceso. Es en este afán que situamos y delimitamos (Pizarro, 1985: 18).

Gracias a estos diálogos, al trabajo de esta red de críticos y estudiosos de la literatura, se continuó con la reflexión que hemos estado aludiendo en estas páginas. En particular, dentro de este movimiento más amplio, destaca la obra de Antonio Cornejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, publicada en 1989, ya que en esta se dio una continuidad a los debates iniciados en Caracas y continuados en Campinas. Se trata de una obra que parte de un cuestionamiento profundo de las historiografías que se realizaron en el Perú ya independizado, que privilegiaban la literatura culta y se enfocaba en el concepto de nación, visto como un espacio uniforme. Pese a que el crítico peruano no asistió al segundo encuentro, participa en este proyecto historiográfico, mismo al que aludirá en su

obra cumbre, *Escribir en el aire*, años después. En la “Introducción” de su libro, el crítico y maestro peruano hace referencia directa a la tentativa de crear una teoría literaria con acento latinoamericano:

[...] El gran proyecto epistemológico de los 70 fracasó, pues es obvio que de hecho no existe la tan anhelada “teoría literaria latinoamericana”, en cambio, bajo su impulso, la crítica y la historiografía encontraron formas más productivas —y más audaces— de dar razón de una literatura especialmente escurridiza por su condición multi y transcultural (Cornejo Polar, 2003: 8)

De igual manera en su ensayo “Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo”, se refiere de igual manera a esta tentativa de construir una teoría a la cual él mismo se sumó, junto a otros estudiosos de la literatura latinoamericanos y aclara que la razón del fracaso de dicho proyecto fue que “quedó situado en un nivel muy abstracto (no crítica sino teoría)”, la aplicación de la teoría de la dependencia que a su juicio era “un callejón sin salida” y sobre todo el sentido en singular de *una* literatura latinoamericana “una y coherente” (Cornejo Polar, 2019: 273-274), sin considerar que esta es más bien heterogénea, y que sus procesos se entrecruzan de manera más bien compleja.

En este sentido, y pese a que las conclusiones de los dos encuentros tuvieron muchas aristas, a que no hubo un consenso y a que no se realizó una historiografía unificada de las complejidades de la literatura latinoamericana, que pudiera incorporar no sólo a las literaturas cultas en código escrito, sino también a las populares y las tradiciones orales, así como las diversas manifestaciones literarias

en otras lenguas, disímiles a los dos idiomas dominantes de la región (el español y el portugués), como son las originarias del continente y las del Caribe anglófono y francófono, entre otros aspectos problemáticos discutidos en estos espacios, sí es posible afirmar que se logró continuar con estos debates en los tres tomos titulados *América Latina: palabra, literatura e cultura*, organizados por Ana Pizarro.

En ese sentido, esta obra puede ser vista como “resultado” de ese proyecto colectivo, en la cual se perciben algunos ecos con lo expuesto críticamente por Cornejo Polar. Si bien no cumplen con la idealización de una gran obra unificada —lo mismo que se imaginó aquella teoría, nunca realizada—, estos tomos logran mostrar la diversidad de la literatura latinoamericana, la aplicación de un marco metodológico actualizado, heredero de ese andamiaje de categorías previamente postuladas por diversos estudiosos de la literatura en nuestro continente, y lo hace tal vez de la mejor manera posible, dada la heterogeneidad sociocultural, donde los sistemas literarios y culturales coexisten de manera contradictoria y no-dialéctica, como nos enseñó el maestro peruano. Los ensayos incluidos en dichos tomos fueron realizados por especialistas que consideraron de manera seria y profunda la historicidad de los discursos y prácticas literarias, con una crítica constante a los discursos nacionalistas que habían cancelado todos aquellos elementos que salían de los cánones triunfantes de la emancipación. Hay ensayos, por ejemplo, que abordan el lugar de la mujer —como la propia Jean Franco había postulado en alguna de sus intervenciones en el congreso de Caracas— y se da un espacio a las literaturas marginadas por las historiografías previas, tan cuestionadas en dichos encuentros.

A modo de conclusión

Los estudios literarios en y sobre América Latina han tenido una trayectoria muy particular, y en ciertos momentos se han encontrado con algunos obstáculos importantes, como fueron los golpes de Estado y la imposición de dictaduras que muchas veces imposibilitaron el cultivo de este tipo de conocimiento. Así mismo, contamos con la precariedad económica que también ha afectado al desarrollo de esta y otras disciplinas. Pese a todo ello, hubo un desarrollo, se lograron crear espacios, se realizaron encuentros, se entablaron diálogos; en fin, se estableció una red de intelectuales que discutieron sobre diversas temáticas.

Una de ellas fue la posibilidad de reescribir el pasado de la literatura latinoamericana, pensada bajo el emblema de la unidad continental –y en la diversidad–, con el trasfondo del pensamiento latinoamericanista. Asimismo, estuvo muy presente la idea de generar una teoría literaria propia distinta de las provenientes de los países europeos, así como un conjunto de categorías críticas que atendieron las realidades de las literaturas latinoamericanas, de donde surgieron conceptos como la transculturación, la heterogeneidad, entre otros. Fue en este campo fértil que la propuesta de una joven estudiosa de la literatura tuvo aceptación, y logró reunir en dos ocasiones a diversos de estos críticos, gracias a esta red, y donde se entablaron diálogos fructíferos. Pese a que no se lograron consensos, ni tampoco una única metodología para reescribir este pasado literario, sí que se avanzó en el sentido de reflexionar de una manera crítica la manera en que la historia literaria había respondido a discursos hegemónicos. En este sentido, estos planteamientos encontraron una vía en la publicación de tres volúmenes titulados *América Latina: palabra, literatura e cultura*, pero también tuvo

resonancias en diversos ámbitos y otras obras, y tal vez la categoría más fuerte que siguió operando en este proyecto es la de heterogeneidad, que fuera desarrollada a mayor profundidad por el crítico peruano Antonio Cornejo Polar.

Pensar hoy en día en reescribir la historia nacional nos llevaría a retomar estas discusiones, para comprender mejor las tentativas que desde las décadas de los ochenta y noventa se lograron materializar. Y, sin duda, la obra de Pizarro, su iniciativa, influyó de manera positiva en todo este movimiento.

Bibliografía

- Garza Cuarón, Beatriz; Baudot, George y Chang-Rodríguez, Raquel (coords.) (1996). *Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días*. México: Siglo XXI-UNAM.
- Cornejo Polar, Antonio (2019). *Papeles de viento. Ensayos sobre literaturas heterogéneas*. México: Nómada.
- (2003). *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- (1989). *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.
- Franco, Jean (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. Madrid: Debate.
- Gómez, Facundo (2021). “Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana”. *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, 379, pp. 17-37.
- González Stephan, Beatriz (1985). *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- Maiz, Claudio (2013). “Entrevista con Ana Pizarro: las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana”. *Cuadernos del CILHA*, 14/17, 1-13.
- Pizarro, Ana (coord.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (coord.) (1987). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México.
- (coord.) (1994). *América Latina: palabra, literatura e cultura*. São Paulo: Memorial.